



Homilía en la Solemnidad de la Impresión de las Llagas de San Francisco

Monte Alverna a 17 de septiembre de 2026

NO SE QUEDÓ NADA PARA ÉL

Estimados Hermanos y Hermanas

Pablo nos habla de quien se gloria de sí mismo: «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gal 6,14). Y añade una palabra que hoy resuena precisamente aquí: «...yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús» (Gal 6,17).

Es sorprendente: Pablo no se jacta de lo que posee, sino de la cruz; no de lo que le hace grande, sino de lo que le despoja de sí mismo. También Francisco lo había aprendido, y así lo escribe: no podemos gloriarnos de nada, salvo de nuestras debilidades y de llevar cada día la cruz del Señor (cf. Adm IV, 8). Todo lo demás —los dones, las obras, incluso las virtudes— no nos pertenece. Lo hemos recibido.

Francesco ha llegado a esta conclusión poco a poco. Se había dado cuenta de que el primer pecado es la apropiación: «Come, en efecto, del árbol», dice, «aquel que se apropia su voluntad» (cf. Am II, 3). Adán retiene, se lo queda todo para sí. Francisco aprende a hacer lo contrario. Devolvió las riquezas de su padre. Renunció al gobierno de la Orden. Reconoció que la fraternidad no le pertenecía. Poco a poco, Francisco aprendió a vivir con las manos abiertas.

Y aquí, en este monte, recibe el mayor don que un hombre puede recibir: las llagas de su Señor, el sello del Amado en la carne. Cabría esperar que de esto, al menos de esto, Francisco se sintiera orgulloso. Que lo contara. Que lo atesorara como la cumbre de su vida.

Pero no. En el Testamento, donde menciona a los leprosos, a los sacerdotes, a los hermanos y a la Iglesia, no dice ni una palabra sobre los estigmas. No lo presume. No las sitúa en el centro de la historia que cuenta sobre sí misma.

Esa es la cuestión, queridos amigos. El hombre que no retiene nada tampoco retiene la gracia. Ni siquiera se cura las llagas. Los estigmas no son la recompensa por una vida santa. Son el regalo gratuito del Amado a un hombre cuyas manos ya están abiertas.

Esto es lo que escribe a los frailes en la Regla: «Y devolvamos todos los bienes al Señor Dios altísimo y sumo, y reconozcamos que todos los bienes son de él» (1R XVII,17). Y en la carta dirigida a toda la Orden se atreve a ir más allá: «Por consiguiente, nada de vosotros retengáis para vosotros, a fin de que os reciba todo enteros el que se os ofrece todo entero.» (cf. CtaO 29).



No se queden con nada para ustedes. No solo las cosas: ustedes mismos. Esa es la traducción de ese «sin nada propio» que aparece al principio de nuestra Regla. No es una norma sobre los bienes. Es una forma de vida.

Solo le quedaba una cosa: su cuerpo. Esa carne que los estigmas habían marcado.

Hace ochocientos años, por estas fechas, Francisco bajó del monte Alverna y se dirigió hacia su último viaje. El 3 de octubre pidió que lo depositaran desnudo sobre la tierra desnuda. Quiere morir sin nada puesto, como Cristo en la cruz, tal y como vino al mundo. Devuelve lo último que le pertenece: su propio cuerpo, su propia muerte. Y ya la había cantado: «Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana, la muerte corporal».

Este es el vínculo entre los estigmas y el Tránsito. En el Alverna el Señor puede imprimir su sello en Francisco, porque Francisco ya no quiere poseer ni siquiera a sí mismo. El sello recibido en la carne y la carne devuelta a la tierra son un mismo movimiento. Este es el Evangelio de hoy: «El que pierda su vida por mi causa la salvará» (Lc 9,24).

¿Y nosotros, hermanos y hermanas? La tentación no ha cambiado. Es la misma que la de Adán: aferrarse. Nosotros, los frailes, a veces nos aferramos a las casas y a las obras, al cargo y a la reputación, a la necesidad de triunfar y de ser importantes. Pero todos podemos aferrarnos a aquello que nos hace sentir seguros, importantes, necesarios. Quizá la forma más difícil de pobreza, para nosotros, sea aceptar que ni siquiera poseemos el futuro que habíamos imaginado. Quizás, detrás de todo esto, se esconda el miedo a la muerte: desaparecer, dejar de contar, ser olvidado.

El monte Averna nos dice que no estamos llamados a defender nada de todo esto. Estamos llamados a devolverlo. No por resignación, sino por la misma razón que Francisco: para que Aquel que se nos entrega por completo nos acoja por completo. Quien devuelve, no pierde. Recibe.

Chiara también conoció esa libertad. No pidió el privilegio de poseer, sino el privilegio de no poseer nada: libre para seguir a Cristo, el pobre. Y al final de su vida bendijo a Aquel de quien lo había recibido todo.

Hermanos y hermanas, celebrar hoy las Llagas significa pedir esta gracia: abrir las manos. No quedarnos con los bienes, los méritos ni las heridas. Recibirlo todo con gratitud. Devolverlo todo con amor.

Para que Aquel que se entrega por completo a nosotros pueda acogernos por completo en sí mismo.

A Él solo le corresponde todo el bien. Amen.

Fr. Massimo Fusarelli, OFM
Ministro general